

César Cervera Moreno

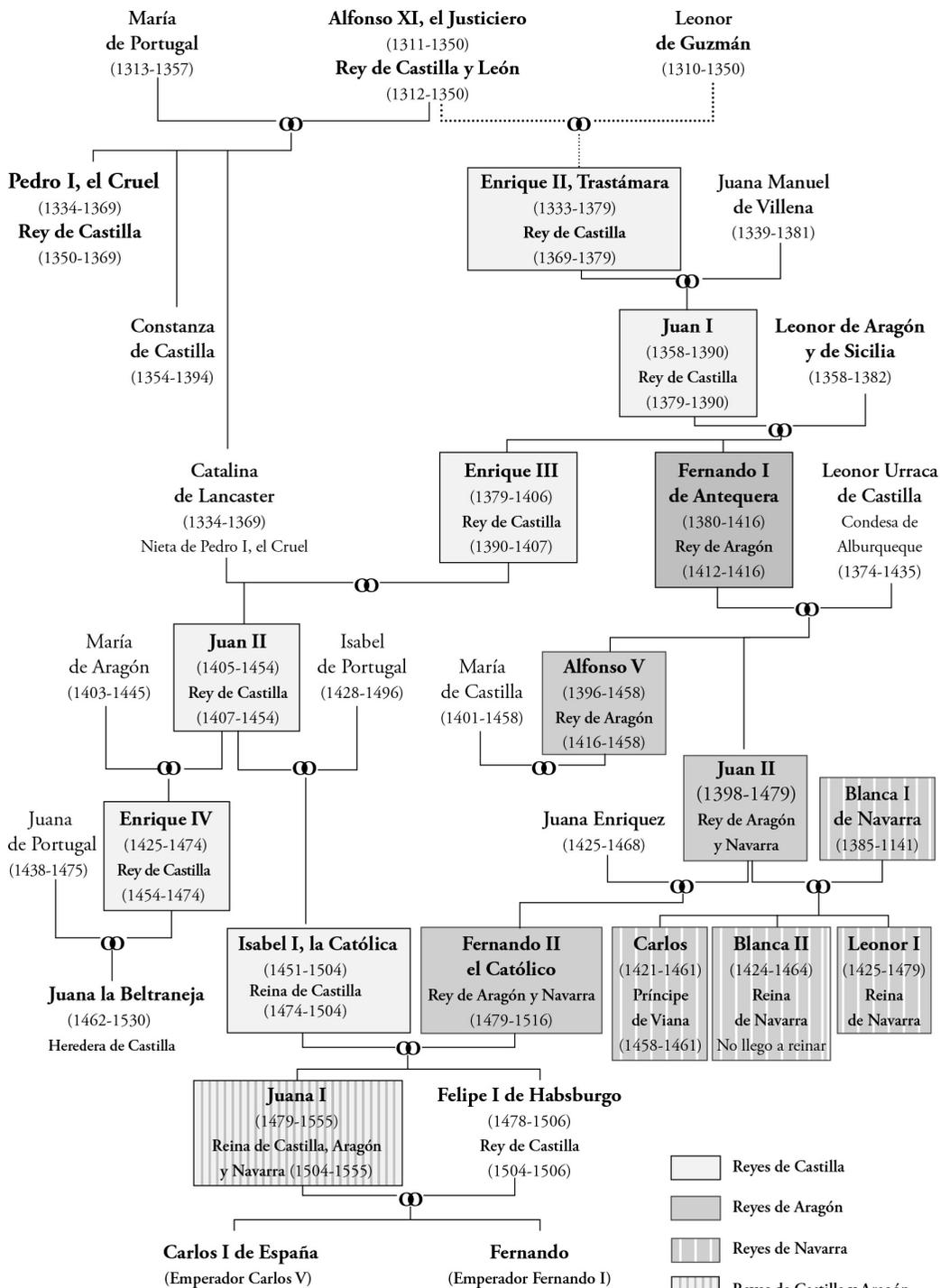
LOS REYES  
CATÓLICOS  
Y SUS LOCURAS

## Índice

<i>Introducción. El invierno llega a Montiel</i> .....	11
1. LOS REYES QUE NO AMABAN A SUS HERMANOS .....	13
2. HIJA DE UNA LOCA .....	39
3. ESE PRÍNCIPE QUE ME MIRA Y QUE ME ENTRONA .....	65
4. EL CADÁVER DE LA BELTRANEJA .....	99
5. TANTO MONTA .....	139
6. MONTA TANTO .....	167
7. ÉRASE UNA VEZ EN LAS INDIAS .....	197
8. CUCHILLADAS POR LA ESPALDA .....	241
9. LA FÍSTULA QUE MATÓ A ISABEL TRASTÁMARA .....	269
10. LA VENDETTA DE LOS BÁRBAROS .....	293
11. LOS ÚLTIMOS TRASTÁMARA .....	339
<i>Epílogo. Bienvenido, míster Carlos</i> .....	375
<i>Bibliografía seleccionada</i> .....	379



# CASA DE TRASTÁMARA



- Reyes de Castilla
- Reyes de Aragón
- Reyes de Navarra
- Reyes de Castilla y Aragón
- Línea legítima
- ..... Línea ilegítima

## Introducción

# EL INVIERNO LLEGA A MONTIEL

Dios declaró que Caín, el primogénito de Adán y Eva, estaba maldito y colocó sobre él una marca como señal de que el que osara matarlo o lastimarlo provocaría la ira de Dios.

GÉNESIS, CAPÍTULO IV

Una conspiración repta por las sombras de Montiel. Al rey de Castilla le sale vaho de la boca y sudor de las sienes cuando se escabulle, de puntillas y amparado en la noche, del castillo donde permanece acorralado desde hace días por los ejércitos de su hermanastro Enrique de Trastámara. Ambos llevan toda su vida con las armas en alto, peleando por la corona de su padre y por su propia supervivencia. Pedro I, al que unos llaman «el Cruel» y otros «el Justiciero», acude confiado a la tienda de un capitán rival que por un buen saco de oro le ha prometido sacarle de aquel cerco en el que, derrotado y abandonado por sus aliados ingleses, espera la llegada de un milagro. Las palabras del mercenario francés Bertrand du Guesclin se desvanecen pronto en la oscuridad, y la traición cobra vida.

Bien custodiado por su ejército, Enrique se aparece en la noche y se encara con su hermano, recordándole su amistad con los judíos:

—¿Dónde está ese judío hideputa que se nombra rey de Castilla?

Pedro y su hermano bastardo corren el uno contra el otro para abrazarse en un choque que produce un ruido metálico. Destellan los aceros en la noche pálida. Los luchadores ruedan por el suelo con las dagas desenvainadas hasta que queda el rey de Castilla encima, a punto de vencer, pero entonces Bertrand du Guesclin toma partido por

quien le llena los bolsillos de monedas. El francés pronuncia las palabras que, cual hechizo, habrían de poner fin a dieciocho años de guerra familiar, a dieciocho años de llamas y barro en Castilla:

—Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor.

El rey cae al suelo tras la zancadilla del francés, al tiempo que Enrique le apuñala con insistencia.

Aquella noche castellana de marzo de 1369 selló con la sangre de dos hermanos el destino de una dinastía marchita y floreció la de otra llamada a dominar no solo Castilla, no solo España, no solo buena parte del Mediterráneo, ni siquiera los límites conocidos. El globo iba a ser la única unidad de medida posible para las ambiciones de los Trastámara y sus descendientes. La enorme sacudida del Renacimiento los auparía a cotas impensables para mentes medievales, pero, como si su pecado original estuviera tatuado debajo de la piel, la caída resultaría igual de estrepitosa. La marca de Caín acompañó los doscientos años de gloria y traición de una estirpe acostumbrada a tirarse tierra a los ojos y a morderse en la pantorrilla por encima de la media palaciega, que siempre ha sido muy elevada. Como le ocurriría a los Austrias y, sobre todo, a los Borbones, los mayores antagonistas de los Trastámara no serían sino otros Trastámara. Otros fratricidas.

La maldición solo pareció saciada con la unión de las dos principales ramas de la familia, la castellana y la aragonesa, en la figura de los Reyes Católicos a finales del siglo xv. Este matrimonio estuvo precedido de una larga lista de extrañas muertes, varias de ellas de sangre Trastámara, que aseguraron un cambio de rumbo definitivo para la historia de España. El amor, o la conveniencia política, según se quiera ver, dio la última posibilidad de supervivencia a esta casa y brindó al país una bacanal de oportunidades de ir más allá. Más allá de los mares. Más allá de lo conocido. Más allá de su pasado. Para España, tal vez, era incluso demasiado pronto, pero para ellos era demasiado tarde, condenados a caer contra el suelo por la gravedad familiar y a ver que todo lo logrado en los despachos y los campos de batalla lo iban a llorar en el lecho. Las lágrimas sustituyeron a la sangre en los últimos días en la tierra de los hijos de los hijos de los asesinos de hermanos.

## LOS REYES QUE NO AMABAN A SUS HERMANOS

Esta historia empieza por el final, por un final. El inesperado fallecimiento de Alfonso XI de Castilla, en 1350, a causa de la peste negra, entregó la corona a su hijo Pedro, un imberbe adolescente que había vivido hasta ese día resentido y desplazado por la otra familia de su padre. El rey difunto había aupado a su amante Leonor de Guzmán por encima de su legítima esposa y colmado de atenciones a sus diez hijos naturales. La fortuna cambió de sitio de la noche a la mañana, y ahora que reinaba su hijo la reina madre se vengó por tantos años de desplantes, apresando a Leonor, que fue torturada y ejecutada en Talavera. La muerte de la que era «en hermosura la más apuesta mujer que había en el reino» despertó la primera de las revueltas de los bastardos del rey, encabezados por el conde de Trastámara, quien fingió olvidar pero no perdonó nunca el crimen contra su madre.

Enrique de Trastámara y Pedro de Borgoña se enzarzaron en una serie de conflictos intermitentes que implicaron a todos sus familiares, a naciones extranjeras, algunas tan resonantes como Francia e Inglaterra, y a fuerzas militares que devastaron Castilla a una escala desproporcionada.

La mayor víctima de la refriega familiar fue, con permiso del magullado pueblo, la propia corona. La guerra murió y resucitó a conveniencia de los grandes magnates del reino durante casi dos décadas en las que ningún bando escatimó violencia. Si el mayor o menor nivel de intimidación entre combatientes es el mejor medidor de hasta dónde están dispuestos a mancharse el alma los guerreros, en el caso de un pleito entre hermanos los límites resultaron atroces. No es que fuera personal, es que la guerra era una cuestión de supervivencia.

Pedro I se ganó a pulso el título de cruel con hechos tan poco lustrosos como consentir el asesinato de su madrastra o la ejecución del hermano gemelo de Enrique, Fadrique Alfonso, al que algunos dicen que mató con sus propias manos en el patio del Alcázar de Sevilla cuando acudió de buena voluntad a hablar con el rey. En 1359 el monarca cruzó todas las líneas de inhumanidad al liquidar de golpe a otros dos hermanastros, apenas adolescentes, que permanecían presos en Carmona. Sus partidarios, en cambio, vieron en el pulso firme del rey una gran virtud, al tiempo que elogiaron su obra como legislador. Tan grandes soberanos como Isabel la Católica o Felipe II invocarían la memoria de el Justiciero, a pesar de pertenecer a otras dinastías, como ejemplo de alguien que no se achicó frente a los abusos de los grandes nobles.

Los Trastámara ganaron al final la partida, más por insistencia que por buena estrategia, en una última fase marcada por la entrada en la contienda de compañías de mercenarios franceses e ingleses. Los británicos se cansaron pronto de los pocos escrúpulos de Pedro y, descontentos con los agujeros de sus bolsillos, le dejaron a solas con la legión de enemigos que había cosechado en la península. Las compañías blancas francesas, llamadas así por lo impoluto de sus ropajes, no hicieron tampoco gran cosa por el conde de Trastámara, pero sí su capitán Bertrand du Guesclin, «un hombre de cabeza enorme, cuerpo grande, piernas cortas, ojos pequeños, aunque de mirar vivo y penetrante», según lo describió un cronista de la época. La fealdad no fue estorbo para su enorme éxito con las damas, ni tampoco para su habilidad con las armas. Pasaría a la historia en España por su papel de hacedor de reyes en Montiel.

Tras su derrota y muerte, Pedro I cayó en las brumas de la historia, donde están los villanos y los perdedores, mientras Enrique se elevaba como el iluminado fundador de una dinastía regia llamada a hacer grandes cosas en el planeta. Sin embargo, lo primero que separaba a la nueva familia real de sus ambiciones eran las muchas deudas contraídas en tantos años de caro combate. Enrique era un rey de espadas sin espada que esperaba, sobre todas las cosas, ganar autoridad para la corona y que, en cambio, contribuyó a todo lo contrario con

sus decisiones. Su apodo, «el de las mercedes», da cuenta de la elevada factura que hubo de pagar a los que decían ser sus aliados.

### **La marca del Caín castellano**

Enrique II aparece en las crónicas como un personaje ambiguo y hasta contradictorio, capaz de tragar al principio con las extravagancias y los abusos de su hermanastro y de ponerse al servicio del hombre que había orquestado o, como mínimo, consentido el asesinato de su madre. Esperó con frialdad la oportunidad de levantarse contra el rey curtiéndose como mercenario en Francia y Aragón. Experiencia militar y resentimientos acumulados que le prepararon para que, cuando los nobles y varios reinos rivales lo usaron contra Pedro, no solo se prestara, sino que literalmente sujetara la daga que traspasó el corazón de su hermano. Bajo las venas no tenía sangre, sino hielo.

Pero si todas esas fuerzas rebeldes pensaban que el primer Trastámara iba a ser barro entre sus manos quedarían con la boca desencajada con el puñetazo que dio en la mesa. La península se dividía en cinco reinos: el de la Corona de Aragón, con una poderosa escuadra surcando el Mediterráneo; el de Portugal, que ya miraba de reojo hacia el Atlántico; el de Navarra, sumido en sus soliloquios culturales; el de Granada, último representante del poder musulmán, y la extensa Corona de Castilla. El nuevo monarca no solo ajustó cuentas con estos vecinos que pensaban erróneamente que iban a repartirse los despojos de aquel asesino de reyes, sino que inició la expansión internacional de su dinastía mediante alianzas matrimoniales entre sus hijos y los de sus antiguos enemigos.

Más dificultad tuvo en apagar las lejanas llamas que llegaban de Inglaterra, donde dos poderosos príncipes casados con las hijas de Pedro I, el duque de Lancaster y el duque de York, se consideraban legítimos sucesores al trono castellano y no dudaron, como los propios reyes del país, en llamar bastardos a los Trastámara como quien nombra a un perro callejero. Las excelentes relaciones de el Fratricida con la corte francesa y los insultos ingleses condujeron al reino de

forma inexorable a esa guerra llamada de los Cien Años, por decir una cifra, que ensanchó y estrechó, según el año, el canal de la Mancha. Que los castellanos no eran enemigos deseables quedó nítido con las victorias navales endosadas sobre los ingleses y, sobre todo, con el humillante picotazo que Fernando Sánchez de Tovar propinó sobre el Támesis en el verano 1380. Tras saquear e incendiar las localidades ribereñas, los barcos castellanos se quedaron a pocos kilómetros de avistar Londres.

No había terminado Enrique con los ingleses cuando en casa le empezaron a crecer los enanos. El rey recompensó con generosidad a una serie de familiares y amigos íntimos a los que concedió tierras en la periferia queriendo que ellos vigilaran las fronteras por él, mientras que a una nueva nobleza, que daría pie a tan notorios linajes como los Mendoza, los Álvarez de Toledo, los Velasco, los Manrique, los Zúñiga, le encomendó los principales cargos en la corte y los servicios más galantes. Una estrategia que por el momento calmó las aguas, pero que, al cabo de los años, se reveló una bomba de relojería para el resentimiento, cuando los primeros, agraviados por la distancia, iniciaron un trágico desafío de Trastámara contra Trastámara.

Enrique murió en Santo Domingo de la Calzada (La Rioja) a los cuarenta y seis años. Dejó en el mundo de los vivos a tres hijos legítimos tenidos con la hija del célebre magnate y escritor don Juan Manuel, autor de *El conde Lucanor*, y, como era tradición familiar, a un ejército de bastardos muy correosos. En un último intento por remediar sus errores, el rey trató en su testamento de retornar las tierras concedidas a los nobles al patrimonio real. Era demasiado tarde para que sus acreedores accedieran a dar marcha atrás. El incendio había empezado.

## **Juan I, el rey que perdió su caballo**

El segundo Trastámara, Juan I, reinó durante once años en los que su linaje siguió pagando las facturas del pasado. Además de la lucha contra Inglaterra, el soberano de estampa frágil, pálida, y de barba cerrada

renovó la refriega con Portugal. Sus ambiciones de ser monarca allí lo llevaron en 1383 a invocar los derechos dinásticos de su segunda esposa, la portuguesa Beatriz, para establecer un protectorado sobre el reino vecino. Juan y Beatriz fueron reconocidos como rey y reina de Portugal por la nobleza, pero con la oposición del maestre de Avís, fundador de la poderosa dinastía que reinaría en esta corona en sus años de oro.

El levantamiento en favor de Avís ganó adeptos y terminó involucrando a los ingleses. En un momento dado incluso la regente Leonor, madre de Beatriz, se distanció de su yerno para apaciguar a los revoltosos, un acto de desobediencia que Juan resolvió recluyéndola en un monasterio de Tordesillas, como un siglo después le ocurriría a la célebre Juana la Loca. Los Trastámara eran una familia de tradiciones férreas. Pero ni con la violencia ni cumpliendo el sueño de tantos de deshacerse de su suegra se acercó el rey a sus objetivos. Castilla sufrió una de sus mayores catástrofes militares en una colina cercana a Aljubarrota. En total, murieron cerca de 10.000 hombres del ejército de Juan, quien salvó su vida por un pelo.

Cuando una flecha enemiga mató a su montura, el rey vagó desesperado por el campo de batalla hasta que el capitán del ejército castellano le entregó su caballo. El monarca ordenó a su general que subiera a la grupa para escapar ambos, a lo que González de Mendoza contestó: «No quiera Dios que las mujeres de Guadalajara digan que aquí quedan sus hijos y maridos muertos y yo torno allá vivo». El idilio entre la casa de los Mendoza y la corona se selló con el sacrificio del aristócrata, uno de los muchos castellanos que no volvió a casa. La leyenda de la panadera Brites de Almeida ilustra el odio que se desató entre los lugareños, que se negaron a dar cobijo a los huidos. Esta mujer, cuya panadería se encontraba a once kilómetros del escenario bélico, halló a siete soldados castellanos (el número varía según la versión) escondidos en el horno del pan y, usando la pala con la que sacaba la comida, los fue matando a golpes según iban huyendo de su improvisado refugio.

Enfermo y agotado, Juan I descendió a caballo por el Tajo junto a los supervivientes del combate. Sin recursos económicos ni huma-

nos para continuar la campaña, el rey inició una estrategia defensiva para prevenir un contraataque. De la pujanza hacia el exterior, se retrocedió de golpe en Castilla al tiempo de mirarse al ombligo. Mientras el rey se dejaba el pellejo en la guerra contra ingleses y portugueses, sus tíos, hermanastros, primos y otras especies Trastámara se revolvían cual serpientes para boicotear a Juan. Hasta los hubo que aspiraron por su cuenta al trono luso. Los que debían proteger las fronteras fueron, dicho sea con suavidad, unos guardianes entre bizcos y sordos.

Alfonso Enríquez, hijo primogénito pero bastardo de Enrique II, fue el peor de todos los intrigantes, un rebelde sin causa que quiso emular a su padre en sus desafíos reiterados a la corona. ¿No era acaso la manera en la que llegó al trono el primer Trastámara?

Se suele citar como el origen de su guerra contra el mundo que le prometieran con una bastarda del rey portugués, cuando él aspiraba a casarse directamente con Beatriz, la que sería esposa de Juan. Hinchado de resentimiento, Alfonso Enríquez se dio a la fuga para evitar el enlace, lo que provocó un conflicto diplomático y el desaire de la niña portuguesa, que, a pesar de sus once añitos, elevó su voz ronca para aclarar que «si el conde no consentía en casarse con ella, ella tampoco consentiría en casarse con él». Al final, la pareja se unió en contra de la opinión de ambas partes y no se desunió más por eso mismo. Tan grandes temperamentos terminaron congeniando, de manera que Alfonso Enríquez se vio libre para continuar con sus vilezas en asociación con su esposa. Juntos planearon el asesinato de su hermanastro, siguiendo al pie de la letra las más sagradas, o malditas, costumbres familiares. Estas maldades dieron con sus huesos en prisión antes de que terminara el reinado.

Tras sus muchos pesares, Juan, hombre muy piadoso, sopesó la posibilidad de abandonar el poder para centrarse en el aseo de su alma. Lo frenaron a última hora sus funcionarios más allegados y el hecho de que su sucesión no estaba ni mucho menos resuelta. De su primera esposa aragonesa contaba con dos hijos de escasa salud: uno de ellos reinaría en Castilla y el otro lo haría en Aragón; mientras que de la portuguesa Beatriz, con la que se casó cuando ella solo tenía

diez años y apenas estaba capacitada para consumir el matrimonio, no tenía vástago alguno.

El destino dictó sentencia antes de que el primero de su nombre tuviera tiempo de añadir más leña a la sucesión. El rey falleció de manera inesperada el 9 de octubre de 1390 cuando, galopando por campos recién arados de Alcalá de Henares, resbaló de la silla y fue arrastrado por el animal en un afeitado de piel bastante salvaje. Bien pudo pronunciar por segunda vez en su vida aquella shakespeariana frase de Ricardo III: «Mi reino por un caballo». Juan I tenía treinta y dos años. Ningún bastardo para martirizar a su heredero Enrique III, pero sí muchos primos, hermanastros y familiares con ganas de aguar la fiesta.

### **No es reino para enfermos**

Enrique III, conocido como el Doliente por su mala salud, sumaba solo once primaveras y muchos enemigos, la mayoría de su misma sangre, cuando accedió al trono. Le habían casado dos años antes con una hija del duque de Alencastre (la manera castiza de los cronistas de llamar a Lancaster) pensando en poner fin a la interminable rivalidad con los ingleses, y se le otorgó para tan alta ocasión el principado de Asturias, arrebatado precisamente al revoltoso Alfonso Enríquez. Un título que hasta hoy reciben todos los herederos al trono castellano. Y eso es todo. Un principado y una mujer un poco más madura fue lo máximo que su padre pudo hacer por él antes de que una lluvia de problemas atropellara al crío. Siguiendo las escuetas instrucciones de Juan, demasiado joven como para preparar un testamento en condiciones, se formó un consejo de regencia de pocas cabezas en el que, en cuanto fue liberado de sus grilletes, trató de medrar Alfonso Enríquez.

No fue fácil contener las fuerzas en colisión con la hacienda hambrienta y las guerras llamando a la puerta de Castilla, pero los hombres fieles a Juan I salvaron para su heredero la fortaleza de la corona y, aunque fue necesario adelantar su mayoría de edad a los

catorce años, Enrique III no engrosó la abultada lista de príncipes le-los secuestrados en su infancia y parte de su edad adulta.

La reina consorte, Catalina de Lancaster, era algo mayor que Enrique, aunque no lo suficiente como para imponer su voz en la turbulenta regencia. La larga década que tardó el joven matrimonio en llenar el mundo de herederos, dos niñas y un niño, despertó un mar de especulaciones entre los entrometidos cronistas, que por una vez no lo atribuyeron a la famosa mala salud de Enrique, sino a la falta de templanza en la comida de Catalina, convertida en una ballena varada en la meseta castellana. «El gran talle del cuerpo de la reina estaba acompañado de robustez de humores y gran fuerza de calor natural que la incitaba a tomar más alimento en las comidas de lo que es regular en las mujeres», anotó el poeta y cronista Fernán Pérez de Guzmán. Esta nieta de Pedro el Cruel, de gran estatura, muy rubia y sonrosada, responsable de los genes vikingos de los Trastámara, tuvo un papel nulo como consorte, limitándose a comer y parir, a engordar y callar.

Enrique se sobrepuso a los malos consejos y, con tenacidad y energía, sacó adelante medidas que iban a cambiar la melodía de Castilla en el siguiente siglo. Su estrategia centralizadora tuvo muchos puntos en común con la posterior de los Reyes Católicos. El monarca demostró en 1395 que le sobraba temperamento incendiando Gijón, última posesión de su díscolo tío Alfonso Enríquez, al que exilió a Francia para siempre.

El mote de el Doliente, entre afectuoso y lastimero, le fue encasquetado a última hora al rey, en otros días llamado el Joven o el Justiciero, coincidiendo con el final de un siglo en el que la peste provocó un descenso de la población europea de cerca del 30 por ciento (en Castilla el efecto fue más reducido). Se sabe que el rey no acusó esta pandemia, pero se desconoce cuándo y por qué empezó la fragilidad por la que pasó a la historia. Las endebles fuentes ponen el origen de su precaria salud a los diecisiete años, cuando comenzó a sufrir delgadez, mal color y desarrolló un carácter irritable y melancólico, como si fuera consciente de que no le iba a sobrar el tiempo. Hoy, la teoría más aceptada es que fue víctima de la tuberculosis, enfermedad que

desde la Antigüedad recibía nombres como tisis o languidez y que, sin tratamiento efectivo, terminaba matando al paciente de forma lenta y dolorosa. Los remedios deslizados se movieron entre lo desesperado y lo patético, lo que incluyó, según el médico de la época Hernán Alonso Chirino, darle de comer al rey mermelada de esmeraldas molidas, hierro y manteca, al tiempo que unos galenos «le juzgaron cocido y otros asado; unos tiraron de los pies y otros de la cabeza (...) unos calentaron, otros enfriaron, unos humedecieron, otros desecaron».

La mayoría de estos médicos tan despistados era de origen judío, pero no hay forma de relacionar su creativo afán por torturar al rey de Castilla con las matanzas que sufrió esta minoría durante el reinado. Básicamente porque fueron los Trastámara quienes intervinieron para frenar las persecuciones que, a diferencia de otros países europeos, habían sido escasas en Castilla hasta que se extendieron motines desde Sevilla a todo el territorio en 1391. Las epidemias y la hambruna de un siglo terrible situaron a los judíos en la diana de los discursos apocalípticos. La corona tomó las medidas necesarias para salvaguardar la vida de los judíos, que pagaban impuestos directamente al rey, aunque aquello repercutió en su mayor aislamiento social. En 1393, Enrique III ordenó, pensando en su protección, la obligatoriedad de que los judíos residieran en barrios señalados y la generalización del uso de la rodela bermeja para marcarlos.

En cualquier caso, el apodo regio de Enrique se quedó muy corto para definir a un rey que hasta se permitió mirar más allá de sus fronteras. Durante su reinado acaeció el encuentro más exótico en la historia diplomática de Castilla. El rey envió dos embajadas a la lejana corte del gran Timur Lang el Cojo, Tamerlán para los europeos, señor de media Asia, con el objetivo de abrir mercados y combatir el incipiente poder otomano. No iba desencaminado el Trastámara al considerar a Tamerlán el único capaz de aplastar bajo su bota a la nueva potencia emergente como si fuera un imperio de liliputienses. Justo coincidiendo con la visita castellana, los ejércitos de el Cojo derrotaron y capturaron al sultán Bayaceto, al que encerraron en una jaula hasta que se volvió loco. Retrasaron así medio siglo la caída de Constantinopla que tantas pesadillas ocasionaría en Europa.

Tamerlán agasajó a los embajadores cada vez en un palacio, cada vez en un jardín diferente, cada vez con un atuendo más barroco. Los invitó a espléndidos banquetes en los que era obligatorio beber hasta perder la consciencia. O, al menos, eso entendieron los acongojados diplomáticos. Los europeos buscaban una alianza, pero solo hallaron ricos obsequios, borracheras e historias que, como le había ocurrido a Marco Polo, resultaban inverosímiles para los oídos occidentales, empezando por la existencia de un imperio de tal magnitud. Los castellanos fueron testigos de los últimos días de vida del gran señor de Samarcanda. «Y esto hacían ellos porque el señor era muy flaco, y había perdido el habla, y estaba en punto de muerte, según les fue dicho por hombres que lo sabían cierto», escribió en su crónica Ruy González de Clavijo sobre el final de este portentoso Gengis Kan musulmán. La gravedad de la explosión que iba a desencadenar su muerte hacía recomendable que González de Clavijo y sus compañeros salieran con mecha corta de la zona de la deflagración. Cuando volvieron a pisar Castilla, el Cojo ya había muerto.

El Doliente falleció un año después, en 1406, cuando se preparaba para atacar el Reino de Granada. A diferencia de su padre, Enrique III sí dejó instrucciones detalladas sobre cómo debía ser su sucesión. Más le valía si se tiene en cuenta que su hijo, el futuro Juan II, tenía dos años y nunca pasó de esa edad mental.

## **Juan II: mejor fraile que rey**

La sucesión dividió el reino en dos regencias con el Sistema Central como cuerda para que los púgiles no se engancharan a puñetazos. Una estaba encabezada por Fernando, el hermano pequeño del anterior monarca, con el heredero Juan a su cargo, y otra por la reina madre, que a falta de hijo debió conformarse con el tesoro real. La medida de separar al bebé de la madre era cruel, y contra ella se revolvió Catalina de Lancaster, pero estaba pensada para alejar el oro del ya de por sí acaudalado tío, al que tampoco le hizo ninguna gracia el arreglo.

Fernando de Antequera, conocido así para la posteridad tras arrebatarse esta localidad malagueña a los musulmanes, creyó que iba a heredar el trono de su hermano, que no tuvo hijo varón hasta dos años antes de su muerte. Cuando se vio de pronto con el premio menor de la regencia, hizo oídos sordos a los cantos de sirena que le pedían a él, hombre de gran ambición y gigantescas rentas, que asumiera la corona entera. Entendía el sensato Fernando que tirar piedras contra la legitimidad de su sobrino era tirarlas contra la suya propia.

Rematadamente hábil en el manejo de los tiempos, el regente prefirió atesorar notoriedad, poder y riquezas exprimiendo Castilla en vez de desgastarse en impopulares guerras contra su sobrino y su madre, mientras el pequeño Juan II crecía bajo su correa y, por pura inercia, surgían en el camino posibilidades de hacerse con otros cetros. Cuando la muerte del monarca sin herederos legítimos de la Corona de Aragón abrió la lucha por ese trono, Fernando se postuló como el candidato más sólido y, según él, con más derechos. Bien se callaron sus lugartenientes de Castilla en señalar que, en todo caso, sería su sobrino quien ostentaba mayor legitimidad...

Sea como fuere, el desembarco en Aragón fue el primer salto con éxito de los Trastámara, una expansión que se hizo en detrimento de la hacienda castellana. No conforme con reinar en Aragón, donde nunca abandonó ni las costumbres ni los consejeros castellanos, Fernando rodeó a Juan II de sus propios hijos, los llamados infantes de Aragón, una nueva remesa Trastámara más traviesa si cabe que los anteriores moscones, y prometió al heredero con su hija María de Aragón. Por si quedaba alguna duda de quién cortaba el bacalao en Castilla, Fernando incluso se llevó consigo la diadema de quince marcos de oro con zafiros, perlas y esmeraldas que usaban los reyes castellanos para coronarse. Catalina se la entregó sin rechistar para su ceremonia en Zaragoza y ya nunca retornó. Desde entonces ningún rey fue coronado en Castilla, que se limitó a proclamar a sus nuevos soberanos en actos rebosantes de sobriedad.

La reina madre, descrita para entonces como mujer de semblante enfermizo, algo tullida y con un sobrepeso tan sobrecogedor como grandes accidentes geográficos, tuvo pocas oportunidades antes de su

muerte en 1418 de mover los hilos de la marioneta que era Juan II, el niño que le habían arrancado de sus brazos cuando era un lactante. El heredero puso fin a la regencia al fallecimiento de Catalina de Lancaster, aunque la realidad es que la tutoría solo cambió de manos. El rey de Castilla creció entre la admiración y el recelo hacia su tío, resignado por la rutina de ver que otros mandaban por él mientras disfrutaba de todo lo que le podía ofrecer el ocio medieval. Al refinado Juan II le fascinaban la música y la danza, leía libros en latín de filosofía y poesía, era un cristiano devoto y gastaba un sinfín de virtudes humanas antítesis de la alta política.

A su imagen y semejanza, se multiplicaron los hombres de letras y de arte en su reino, mientras languidecían los hombres de Estado. En el mejor de los casos era un elemento decorativo en su gobierno, alguien con un «grande y hermoso cuerpo, blanco y colorado mesuradamente, de presencia muy real; tenía los cabellos de color de avellana mucho madura: la nariz un poco alta, los ojos entre verdes y azules, inclinaba un poco la cabeza, tenía piernas y pies y manos muy gentiles». Era algo afeminado en sus modales y, a decir de Fernán Pérez de Guzmán, «nunca una hora sola quiso entender, ni trabajar en el regimiento del reino». Otro escritor de la época con todavía menos pelos en la lengua afirmó que «ni tenía otro cargo, salvo comer».

Todo el reinado estuvo presidido por la anarquía. Nobles contra nobles. Trastámara contra Trastámara. Aragoneses contra castellanos. La debilidad del monarca atrajo a las peores alimañas de la península. No pretendían reinar ni que cayera el amable Juan, simplemente anhelaban el máximo número de cargos y rentas públicas que les cupieran en las manos. El único límite a su poder lo marcaban los otros magnates, que balanceaban sus lealtades en busca de que nadie se hiciera demasiado poderoso. «Querían justicia y más que justicia contra sus contrarios; pero contra sí y contra los suyos ninguna... queriendo vivir sueltamente y a voluntad», se percató el cronista Alvar García de Santa María, testigo de excepción del largo chantaje que sufrió la corona.

No hay mayor metáfora sobre el cautiverio perpetuo del rey que el hecho de que, cuando algún noble no estaba conforme con el dic-

tamen de la corona, cogía y encerraba a Juan II en su castillo como quien sale a cazar la cena. En 1420 se produjo el primer secuestro físico del adolescente rey en Tordesillas a manos del infante Enrique, uno de los inquietos hijos de Fernando de Antequera. A expensas de su primo, el rey debió entregarle un señorío y la mano de su hermana.

Álvaro de Luna, compañero de la infancia del rey, fue quien organizó la fuga del monarca de manos del infante Enrique y quien defendió en 1429 Castilla de una invasión aragonesa. Ante las reiteradas agresiones a la corona, el rey encontró su mejor escudero en este hijo bastardo de un sobrino del papa Benedicto XIII (el aragonés irreductible conocido como papa Luna). Sus enemigos afirmaron que la forma en la que mangoneaba a Juan, al que llevaba un puñado de años, no se diferenciaba gran cosa de lo hecho por otros nobles, y hasta que le engatusaba con juegos sexuales desde la juventud, pero resulta innegable que este valido luchó más que nadie, incluso más que el rey, para que la corona recuperara la batuta.

Para remediar definitivamente la sombra perniciosa de los parientes del monarca, el condestable y parte de la aristocracia les hicieron frente en la primera batalla de Olmedo, ocurrida dos años después, un combate que hoy en día se considera más un torneo caballeresco que una refriega armada y donde solo murieron veintidós personas, entre ellas, eso sí, el infante Enrique, a consecuencia de una mala herida. Aquello supuso el cénit del poder del condestable y el declive en Castilla de los primos del rey.

La nobleza levantisca y los infantes de Aragón intentaron durante años echar el lazo a la cabeza del condestable, que vivió algún que otro alejamiento de la corte, pero siempre se las arreglaba para encontrar el camino de vuelta. Sus adversarios solo pudieron dar en el blanco recurriendo a un caballo de Troya. La caída en desgracia del valido empezó a maquinarse tras la desconcertante muerte de la reina María de Aragón, que, según el cronista Alonso de Palencia, fue envenenada por una dama contratada a sueldo de Álvaro de Luna. El condestable pensó para reemplazar a la esposa del rey en la inofensiva Isabel de Portugal, nieta del fundador de la dinastía Avís, en una estratagema para alejar Castilla de la telaraña de aragoneses y navarros que habían

tejido los hijos de Fernando de Antequera. Con las arcas vacías era, además, una manera rápida de pagar al reino vecino por su ayuda militar contra esos mismos infantes.

La relación entre Isabel y Álvaro se presuponía al principio excelente, como celestino que era de la real pareja, hasta que empezaron a protagonizar fuertes discusiones de puertas para fuera. Se dice que el valido llegó a apuñalar a Isabel con la afilada amenaza del «yo os casé y yo os descasaré». Suficiente como para herir el aparatoso orgullo de la joven de sangre azul, que cocinó a fuego rápido su venganza. Al olor del animal herido, nobles, Trastámaras y hasta el primogénito de Juan II, el lampiño Enrique, colaboraron con la reina para procurar la ruina de Luna. Al valido se le acusó de haber robado rentas reales y Juan, presionado en su misma cámara, decretó, sin garantía judicial alguna, la ejecución de este caballero bastardo que había cosechado tantos éxitos incontestables como destierros sonados, tantas victorias en el campo de batalla como conjuras en palacio. Con una capa negra y un sombrero austero, el condestable subió altivo al baldoso situado en la plaza Mayor de Valladolid para morir decapitado el 3 de junio de 1453.

En clave de romance se cuenta que el noble caído le reclamó al verdugo que se asegurara de que el puñal estuviera muy afilado, a lo que este respondió que lo estaba y que todo, incluido una escarpia clavada en un madero para luego exhibir su cabeza, se encontraba listo para el acto final. «¡Hagan del cuerpo y de la cabeza lo que quieran!», replicó Álvaro de Luna, que encontró dolorosamente gracioso que el pregonero real errara, presa de la excitación, al proclamar que el rey le mandaba degollar «en pena de sus maldades y servicios», cuando en realidad debía decir en sus «deservicios». «Bien dices, hijo. Por los servicios me pagan así», le consoló encantado de sí mismo el condenado.

El primer marqués de Santillana, uno de los impulsores del Renacimiento en Castilla, hizo jolgorio en verso de la cruel muerte: «De tu resplandor, oh Luna, te ha privado la Fortuna». Las nuevas canciones de la cultura habían llegado a España en el siglo de la celebración de la vida, el renacer, pero aún no se habían marchado los viejos chi-

lidos de la política, los de la muerte y la peste pasados. Aunque tan odiado como amado, lo que quedó en la retina castellana fue la imagen del condestable enfrentándose con dignidad a una muerte terrible. Un final que ninguno de los numerosos vándalos del reino había sufrido, ni siquiera los que habían pisoteado la autoridad del monarca de manera reiterada. Por razones desconcertantes, Juan II se había puesto tremendo con el hombre que más leal le había sido. Eso sí, el rey se marchó de Valladolid antes de la ejecución, dejando que fueran otros quienes cumplieran sus órdenes.

Álvaro de Luna ordenó que le enterraran en la capilla más suntuosa de la Catedral de Toledo, donde instaló un autómatas de bronce que, gracias a ciertos engranajes, se incorporaba al comenzar la misa y luego volvía a su posición yacente, para que nadie pudiera olvidar el poder alcanzado en vida (y en la muerte) por el condestable. Por desgracia el ingenio desapareció al cabo de los años, según los términos de una historia que a todas luces parece apócrifa.

El monarca murió al año siguiente que su amigo, no de pena, ni de desamor, ni siquiera del susto por ver al muerto levantándose con cada misa, sino de fiebres cuartanas. Antes de irse a la tumba, Juan II confesó que «más me valiera haber sido fraile del Abrojo que no rey de Castilla». Su testamento nombró, como no podía ser de otra forma, heredero universal a su primogénito Enrique IV, pero reclamó que no se descuidaran la educación y las rentas de los dos hijos que había concebido en su segundo matrimonio. Esos huérfanos de padre se llamaban Alfonso e Isabel.

### **La impotencia nada transitoria del oso Enrique IV**

Entre las difamaciones y lo inescrutable de su comportamiento, la personalidad de Enrique IV sigue envuelta en una niebla tan trágica como espesa. No porque pareciera tan frágil de carácter como su padre, sino por lo contrario. En muchas ocasiones asumió y defendió con firmeza decisiones que evitaron conflictos armados a costa de su dignidad real. «Bien parece que no son vuestros hijos los que han de

entrar en la pelea ni vos costaron mucho de criar», le reprochó a un belicoso obispo que le reclamaba que se arrojara a sangre y fuego contra todos sus adversarios. Tendencia a la concordia que la sociedad de su tiempo interpretó, tal vez con razón, como un síntoma de debilidad y que políticos con más hambre que él emplearon en su beneficio. Lo mismo ocurrió con su alergia a la pompa real y los grandes actos, que algunos vieron como un signo de pobreza y mediocridad.

De gran estatura (cerca de 1,85 metros), desgarrado, caderas anchas, pelo rubio, piel clara, nariz achatada a causa de una caída en la niñez y voz suave como una flauta, Enrique nunca fue lo que se dice un rey feroz, no como se esperaba de todos los monarcas salidos de la Edad Media. Accedió al trono con veintinueve años, cosa rara en la familia, por lo que contó con tiempo más que suficiente para resabiarse en los tejemanejes de la política. No supo aprender las lecciones adecuadas y jamás encontraría apoyos como los de su padre. A pesar de que empezó su reinado tendiendo manos a diestro y siniestro, pronto salió a la luz una personalidad desconcertante para el periodo. Los cronistas más afines le dibujaron como alguien ingenioso, de buen corazón, generoso con las mercedes, sencillo, modesto y deseoso de conciliar a sus nobles, al tiempo que reconocían su querencia por la soledad, sus inseguridades y lo poco que le «placían» las compañías, fueran buenas, malas, regulares, masculinas o femeninas. A menudo contestaba con arrebatos de rabia a las malas noticias y, en otras ocasiones, se sumía en periodos depresivos de los que costaba varios días sacarle.

Sobre sus aficiones y preferencias existe un abismo entre lo que escribieron sus partidarios y lo que gritaron sus enemigos. Para unos fue amigo de acogerse a lugares retirados, con poca gente, y para otros se complacía solo en fiestas tumultuosas y en la extraña empresa de reunir fieras en los refugios reales, auténticos zoológicos protegidos por rufianes rudos y salvajes de su confianza, entre ellos un enano y un etíope con puestos fijos en su corte. Oso para unos; mono para otros... En lo que coinciden fuentes opuestas es en que era cantor hábil, tañedor de laúd y amigo de músicos, como su padre; buen escribano, magnífico lector y experto latinista en un tiempo donde «el

que latín no sabe, asno se debe llamar de dos pies», según proclamaba el humanista Juan de Lucena.

A la muerte de su padre, Enrique se vio libre de entregar el poder de Castilla a sus propios secuestradores. Frente a la redundante debilidad de la corona, una docena larga de clanes se erigieron dueños y señores del reino. Estos magnates crearon ejércitos privados para defenderse de la rapiña de los otros y, una cosa no quita a la otra, enriquecerse como depredadores. La supervivencia familiar dependía de extender las rentas y el número de lanzas al mismo ritmo que el vecino. Nadie tuvo tanto éxito en esta empresa como aquellos nobles que comprendieron que lo mejor era estar en medio, entre la corona y su oposición, entre la lealtad y la traición, sin decantarse del todo por ningún bando. No ayudaba a apaciguar la situación el carácter español de la época, que se tomaba en serio hasta el más mínimo improperio hacia su fe, su honor o su persona. «Son inclinados a las armas, acaso más que ninguna otra nación cristiana, y aptos para su manejo por ser ágiles, muy diestros y sueltos de brazos; estiman mucho el honor, hasta el punto de que por no mancharlo, no se cuidan generalmente de la muerte», advirtió el florentino Francesco Guicciardini tras conocer a fondo la naturaleza de los españoles.

El más habilidoso funambulista de los que se movían en esta cuerda de las gracias y las desgracias era Juan Pacheco, marqués de Villena, valido llamado a teledirigir al rey durante años. Natural de Belmonte, Pacheco entró en la corte muy joven como doncel de Enrique a instancias de Álvaro de Luna, con cuya prima se casó durante el primero de sus tres matrimonios, a cada cual con mujeres de apellido más rimbombante. Ni una cosa ni la otra frenaron a Villena para apuñalar por detrás a su antiguo valedor, que era casi un ritual de iniciación en Castilla. Su siguiente oficio tras ser paje fue el de sujetar el cuchillo de la mesa del príncipe Enrique, gallardo privilegio que lo aupó, y no porque el acero estuviera cerca del cogote real, hasta las cimas del gobierno. Este maestro del disimulo siempre se las apañó para aparentar deseos de concordia, cuando justo vivía de la discordia, ocultando sus verdaderas intenciones tras una sonrisa sardónica y unos ademanes de embaucador. Le temblaba la voz a causa de una

enfermedad de juventud, pero jamás le ocurrió lo mismo con sus discípulos.

No se andaba a la zaga de Villena su tío, el ambicioso arzobispo de Toledo Alfonso Carrillo, señor de la segunda diócesis más rica de la cristiandad, solo por detrás de la de Roma. Los 19.000 vasallos de su arzobispado y los 21 castillos bajo su control obligaban a Enrique a escuchar con atención su voz grave. El prelado recibió una profunda formación dentro de la corte italiana del papa Eugenio IV antes de entrar lanza en ristre en la turbulenta política castellana. Como prácticamente todo el reino, también Carrillo fue un día aliado de Álvaro de Luna, con el que estaba emparentado y del que se distanció en el momento justo. En lo que sí se diferenció de otros políticos chaquetos es que, más allá de su vanidad, su obra buscaba alcanzar «la nación hispánica» a través de la unión de Aragón y Castilla, aunque para ello hubiera que pisotear coronas y esqueletos. Tenaz, orgulloso, con un aparatoso olfato para las tormentas políticas, impulsivo, Carrillo era, sobre todas las cosas, un hombre de acción que adoraba galopar al frente de sus mesnadas en batalla.

Tío, sobrino y otros de la misma calaña protagonizaron escenas hirientes de corrupción e irresponsabilidad que malograron el prometedor comienzo del reinado. La firma de las paces con Aragón y Navarra dejó las manos libres a Enrique para hacer la guerra a los moros de Granada, por cuyas tierras pasó el rey en 1456, talando su vega. De las espadas desenvainadas se pasó a incursiones melladas, campañas de desgaste sin lustre, y finalmente a la apatía. Justo Carrillo torció sus tratos con Enrique a propósito del escaso apoyo real a la conquista de Málaga, que le había sido encomendada al prelado. El rey mostraba querencia por las costumbres musulmanas vistiendo y comiendo a la usanza de esta cultura, así como montando a caballo al modo árabe, lo cual era algo bastante extendido entre los nobles cristianos. Se hacía, además, proteger por una fiel guardia mora venida del sur, lo que le dibujaba como el arquetipo de la degradación moral de la cristiandad.

La propaganda de los Reyes Católicos deformó los muchos logros de un reinado con diez primeros años buenos y diez últimos

dantescos. Algunos méritos que se atribuyen a monarcas posteriores, como la introducción de la Santa Hermandad a modo de cuerpo de vigilancia rural o el aumento en importancia de los corregidores, representantes de la corona en los municipios, contaron con la firma primera de Enrique. La propia economía mostró síntomas de florecimiento gracias a las millonarias exportaciones de lana castellana con dirección al norte de Europa. De puertas para fuera, el castellano estuvo muy cerca de ser nombrado conde de Barcelona, título que le ofreció en bandeja de plata la Generalitat para librarles de la tiranía del rey de Aragón, o de reinar en Navarra, posibilidades que se diluyeron todas ellas por culpa de una aristocracia que impidió a Enrique tener un minuto de calma. Los asuntos privados engulleron a los públicos en un reinado recordado por el sexo o, más bien, por la falta de este.

En 1440, el todavía príncipe heredero se casó con Blanca de Navarra, la hija de la reina de este territorio pirenaico y de su tío el infante Juan de Navarra, a la postre rey de Aragón. Pero demasiado pronto el castellano comprendió la importancia de aliarse con Portugal, como pretendía también su padre, y le dijo a la navarra algo así como que si te he visto por el lecho conyugal no me acuerdo. A los tres años de matrimonio le hizo el vacío cortesano, le retiró las asignaciones económicas y hasta colocó algún que otro macizo bien engrasado en su cama para que rompiera a ojos de Dios la relación. Ella se negó a participar en su propia calamidad. Después de trece años de matrimonio sin consumir, Enrique logró que las autoridades eclesiásticas anularan el vínculo, pues Blanca era tan virgen como había nacido.

Enrique intentó ahorrarse el escarnio público adjuntando en el documento el testimonio de varias mujeres públicas de Segovia, con nombre y apellido, con las que supuestamente había retozado en esos años y sugiriendo que había sido víctima de un maleficio contra su virilidad que solo afectaba al coito matrimonial. Para que no cupiera duda, una de las supuestas prostitutas dijo del heredero que «tenía una verga viril firme y daba su débito y simiente viril como otro varón». Más valía reconocer esos datos íntimos antes de sembrar dudas sobre

su herramienta para hacer hijos. El obispo de Segovia dio por finiquitado el matrimonio con el endeble argumento de que el joven era incapaz sexualmente, pero solo en el lecho matrimonial, y se procedió a devolver a la esposa a Navarra como quien deja un paquete en la puerta, llama al timbre y luego sale corriendo.

Blanca volvió sobre sus pasos, sin dote ni futuro, para vivir en Navarra otra pesadilla a costa de la sucesión de este reino. Y es que su padre Juan, que miraba con recelo a los hijos que había tenido con la reina de Navarra, también llamada Blanca, la consideraba un inoportuno obstáculo en sus planes de hacerse con el control total de esta corona. El padre la desheredó, la recluyó y la forzó a irse a Francia, junto a su hermana Leonor, quien finalmente reinaría en Navarra tras mostrarse lo mansa que el resto de hijos de Juan no fueron. Antes de su muerte bajo extrañas circunstancias en Bearne, a los pies del Pirineo francés, la desdichada Blanca intentó ceder sus derechos al trono navarro a su exmarido Enrique, lo que da cuenta del triste desamparo que vivió una mujer que se acordó del hombre que le había hecho tanto daño con tal de combatir la mano de su propio padre. A hijas desesperadas, medidas desesperadas.

Dejar por escrito que era impotente a ratos fue para Enrique IV como recoger leña para su propia hoguera o como decir que era tonto, pero solo por etapas. El asunto no se solucionó con el segundo matrimonio del rey, que se acordó a través de unas millonarias capitulaciones en favor de la prometida. Un depósito previo de grandes cantidades de oro fue la garantía, o más bien la indemnización exigida por la corte lusa para poner a una de sus princesas bajo la custodia de un rey con tan malos antecedentes. En 1455 Enrique se enlazó con Juana de Portugal, una joven de dieciséis años que, una vez más, salió de su noche de bodas «tan entera como venía, de que no pequeño enojo recibió de todos», en palabras del cronista Galíndez de Carvajal. El rey se negó incluso a enseñar la sábana real manchada de sangre, prueba medieval de que la esposa había dejado de ser virgen.

A diferencia de la anterior consorte, esta portuguesa de armas tomar no era lo que se dice discreta. Muy bella —a decir todos los cronistas—, alegre, coqueta y también caprichosa, pero para nada si-

lenciosa. Su actitud altiva incomodó a la austera corte castellana, que no veía más que escándalo en su afición por los bailes y por el maquillaje. Ya en aquella época las mujeres se teñían los cabellos de rubio y se intentaba blanquear la piel con ungüentos, pues la blancura era símbolo de belleza. La reina no era muy piadosa ni interesada en las artes, aparte de que un ruidoso círculo de mujeres igual de llanas que ella la acompañaba a todas partes. A la guerra de Granada acudió la corte entera a lanzar flechas simbólicas en un ambiente de guateque y escotes con más peligro que las armas de los soldados.

Una de estas damas, Guiomar de Castro, «de belleza singular», mantuvo según los rumores tratos eróticos con el rey con tanto descaro que, cuando se lo afeó la reina, la joven no se achantó, no hasta que la arrabalera de la monarca la agarró del pelo, le destrozó el vestido y la remató golpeando con su calzado de madera en la cabeza. A partir de entonces, el rey ordenó instalar a su amante a dos leguas de la corte, estuviera donde estuviera, con una buena dotación económica para tenerla a mano en sus frecuentes incursiones nocturnas sin que su mujer la confundiera con su zapatero.

Pasaron otros siete años sin que el rey fuera capaz de dejar embarazada a su festiva esposa. Se dice que recurrió como remedio desde a oraciones y ofrendas, pasando por brebajes y pócimas con presuntos efectos vigorizantes enviados por sus embajadores en Italia —por aquel entonces considerada la metrópoli de la ciencia erótica—, hasta la financiación de expediciones a África en busca del cuerno de un unicornio, que era algo así como el Santo Grial de los impotentes en el siglo xv. Nada pareció funcionar hasta el nacimiento de una niña el 28 de febrero de 1462, que en un principio celebraron con total normalidad los aristócratas encabezados por Villena, padrino del bebé. La pequeña, llamada Juana, nació en la madrileña iglesia de San Pedro el Viejo estando este noble, el arzobispo de Toledo y otros grandes nombres presentes en el parto, donde la reina se colocó en cuclillas para facilitar la salida del bebé. Cuando el rey convocó Cortes, el arzobispo Carrillo se encargó de llevar en sus manos a la frágil niña para que uno a uno los grandes, el alto clero y los procuradores de las ciudades la juraran como heredera al trono.

Villena albergaba ya entonces sus reservas sobre lo ocurrido en el útero de la reina y antes de las cortes declaró en un documento secreto, firmado ante notario, que no creía que Juana fuera hija del rey. El que fuera todopoderoso favorito había sido desplazado hacía poco del poder por varios advenedizos de orígenes humildes, que copaban las mercedes reales por su buena sintonía con el monarca y quién sabe si por sus talentos ocultos. En estos intrépidos destacaba un hombre humilde llamado Beltrán de la Cueva, mayordomo mayor de palacio, de galante presencia, al que elevó Enrique en esos días a conde y prometió entregarle el Maestrazgo de Santiago. Por influencia de Villena, Carrillo y otros nobles envidiosos del rápido ascenso de este antiguo paje, surgieron por Castilla atrevidos cantares que apodaban a la niña como la Beltraneja, en referencia a que había sido el nuevo favorito del rey quien había preñado a la reina.

Primero entre susurros y luego sin pudor, Enrique IV fue acusado de sodomía y de instigar con gusto las relaciones extramatrimoniales de su segunda esposa con hombres de baja estofa. Difamaciones tan gruesas que impidieron hasta siglos después hacer un diagnóstico riguroso de los posibles problemas del monarca para tener hijos. El prestigioso médico Gregorio Marañón creyó encontrar la solución al misterio en una displasia eunucoide, o bien en los efectos asociados a un tumor hipofisario (la parte del cerebro que regula el equilibrio de la mayoría de hormonas), que le habría causado rasgos propios de un «perturbado sexual». No obstante, el urólogo Emilio Maganto Pavón, en su obra *Enrique IV de Castilla (1454-1474). Un singular enfermo urológico*, consideró que el diagnóstico del célebre médico es incompleto y señaló que el origen del desorden hormonal pudo estar en un tumor relacionado con la hormona del crecimiento y la prolactina.

El estudio de la momia de Enrique IV, conservada sin pelo ni cejas pero con la piel íntegra en el monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe, sirvió para corroborar las graves carencias hormonales que mostraba el castellano. Tras años de búsqueda infructuosa, un peón halló por casualidad en 1946 el ataúd, junto al de su madre, en un sitio de difícil acceso entre el retablo y la pared maestra del ábside

de dicha iglesia. Avisado Marañón, el erudito constató que el monarca tenía una frente amplia, que las manos tenían largos y recios dedos y que uno de los pies era valgo (desviado). Esos guantes de manos pudieron originar la fobia al contacto humano que las crónicas identifican como un rasgo de su antipatía y de los problemas para relacionarse. A su vez, la deformación de uno de sus pies explicaría, según la obra de Marañón, la torpeza de movimientos del monarca descrita en los textos. De todos esos defectos físicos vendría su timidez sexual y sus muchas dificultades para dejar prole.

De lo que no existen pruebas serias es de la homosexualidad del rey, y hasta se sabe por boca de sus enemigos que tuvo varias amantes femeninas. Aparte de la dama Guiomar de Castro, el cronista Alonso de Palencia se atreve a nombrar a varias mujeres con las que mantuvo amores «vanos» (curioso adjetivo para recordar que el rey disparaba, si es que llegaba a apretar el gatillo, con pólvora mojada) y muy turbulentos. De una tal Catalina de Sandoval cuenta que Enrique, sintiéndose celoso, ordenó degollar a otro hombre que la frecuentaba para evitar comparaciones odiosas y quedarse con la dama. Luego, envió a sus secuaces criminales a que «violasen a mano armada» la clausura del monasterio de San Pedro de las Dueñas de Toledo para desalojar a todas las monjas honestas y coronar allí como abadesa a su amante, quien ni siquiera en el sagrado templo dejó de recibir al monarca para sus pretensiones de coito. Resulta evidente por lo escabroso del relato que el ácido de Alonso de Palencia, a la postre cronista de los Reyes Católicos, no tenía en gran estima a Enrique IV, el hombre que le había abierto las puertas de la corte.

Tampoco hay forma de negar que Juana la Beltraneja fuera hija del rey. Entre la infinidad de auxilios empleados por el monarca para ahogar su infertilidad, el viajero alemán Hieronymus Münzer sostiene que usó una precaria fecundación in vitro, la primera de la que se tiene constancia en la historia. Según especifica en sus textos, el monarca «tenía un miembro viril que en su origen era delgado y pequeño, pero luego hacia el extremo se alargaba y era grande, de manera que no podía enderezarlo. Unos médicos hicieron una cánula de oro que se colocó a la reina en la vulva, para ver si a través de

ella podía recibir el semen; sin embargo no pudo. Hicieron como un ordeño de su miembro viril [lo masturbaron] y salió esperma, pero acuoso y estéril».

Si este artilugio de ordeñar hombres ideado por el principal físico de la corte, el judío Shamuya Lubel, cosechó éxito o no es el enésimo de los misterios que rodean al rey que entró a la historia de manera inevitable como el Impotente. Pocos meses después del nacimiento de la deseada heredera, la reina anunció que estaba de nuevo encinta, en esta ocasión de un varón que se malogró a los siete meses. No era un problema irreparable. Las leyes castellanas permitían que las mujeres pudieran reinar antes de recurrir, como en Aragón, a la siguiente línea sucesoria en busca de varones, de manera que Juana cumplía con todos los requisitos para gobernar de pleno derecho. Sin embargo, esto sirvió de poco para evitar la rebelión que un grupo de nobles, encabezado por Villena y Carrillo, inició en el verano de 1464 en torno a la legitimidad de los hermanastros del rey, a los que imaginaban como candidatos al trono todavía más manejables que Enrique y con más derechos que la Beltraneja.

Sensible a las provocaciones de la aristocracia, el rey ordenó que sus hermanos acudieran a la corte para tenerlos vigilados e inertes, aunque lo único que consiguió fue acercarlos a los conspiradores y dar la razón a quienes los cantaban como pobres niños atrapados en la red de maquinaciones de Enrique. Congregada en Burgos, una imponente liga nobiliaria y eclesiástica se decidió el 28 de septiembre a firmar un manifiesto a favor de los niños y contra el mal gobierno de Enrique, presentado como un «secuestrado» por Beltrán de la Cueva y por una guardia mora que menoscababa, con su mera existencia, a la Iglesia católica. El texto se cuidaba, en apariencia, de no atacar directamente al castellano, pero terminaba proclamando algo tan grave en el periodo como que era un cornudo, «pues a vuestra señoría y a él [Beltrán de la Cueva] es bien manifiesto ella no ser hija de Vuestra Señoría».

A partir de aquella frase tan imposible de ignorar, el reinado descarriló. Luego vendrían las escaramuzas, los levantamientos, las falsas treguas y las lesiones contra la figura del rey que impidieron que la

corona impusiera su superioridad militar, económica y demográfica, al menos la que sostenía sobre el papel, en la Península Ibérica. El prometedor futuro de Castilla habría de esperar a que se resolvieran los problemas de alcoba de los Trastámara. Los españoles querían comerse el mundo, pero de momento debían contentarse con devorarse entre ellos.